

gen jóven de las promesas y de las alabanzas, de las amenazas y de los furoros, de los suplicios y de la propia muerte! ¡Que prodigio! Sí, señores, de este modo sostuvo la inocencia de *Ursula* á su valor, despues que este mantuvo su inocencia.

Perdonad, gran Santa, perdonad de que yo haya desempeñado tan mal vuestro elogio; perdonad mi temeridad, y no desecheis la súplica que os hago al concluirle por una casa que os es tan amable, quanto especialmente está consagrada á vuestro nombre. Conservad en sus superiores aquel maravilloso conjunto de todas las preciosas qualidades que exige su empleo. Conservad en un director el zelo prudente y activo que pide su ministerio. Conservad en todos los individuos de este gran cuerpo, aquel espíritu de humildad, de abnegacion y de santidad que requiere su estado. Conservad en esta brillante juventud aquella inocencia, sabiduría y amor que se la inspira ácia la virtud. Comunicad conmigo á todos mis oyentes un ardiente zelo por los intereses de la Religion y la gloria de Dios, para que despues de haberos imitado en la tierra podamos acompañaros en el cielo. Amen.

PA-

PANEGÍRICO

DE SAN CÁRLOS BORROMEIO,
Cardenal Arzobispo de Milan:

PREDICADO

El dia de su fiesta en la Iglesia Parroquial de San Salvador.

Obsecro ut fiat in me duplex spiritus tuus. Os suplico depositéis en mi vuestro duplicado espíritu. *IV. Regum, 2. 9.*

El duplicado espíritu que pide Eliseo con tanto encarecimiento á Elías, es un problema que se ha suscitado muchas veces y jamas se ha resuelto. Mi designio no es el de determinar las variaciones de los intérpretes: me contento solo con representarme á aquel profeta como el vengador severo de la iniquidad, ó como el libertador de un pueblo afligido. La firmeza y ternura de un zelo siempre prudente, me parece que son las qualidades que forman

man su carácter: en este mismo me parece que he de descubrir tambien el del ilustre pontífice, patrono y modelo vuestro. *Obsecro ut fiat in me duplex spiritus tuus.*

En el tiempo de supersticion y de idolatría, hizo conocer Elías á los pueblos sus extravíos, confundió á la orgullosa impiedad, castigó la audacia de los rebeldes, y sepultó á los falsos Dioses entre las ruinas de sus templos. En el de calamidad apaciguó al cielo irritado, disipó el contagio, é hizo producir la abundancia en el seno de la esterilidad. A este modo detuvo *Cárlos* en un siglo lleno de errores y de libertinage los progresos de la heregía, reparó las ruinas del santuario, restableció el vigor de la disciplina y corrigió la depravacion de las costumbres. Con este motivo llegó á enfermar en aquel tiempo de afliccion y de miseria, y se vió reducido á la mayor pobreza. Al propio tiempo fué el apóstol y el padre de su pueblo. El apóstol por la firmeza de su zelo: el padre por la ternura tambien de su zelo. En breves palabras:

De un zelo firme, que le hizo superior á las mas penosas fatigas del Episcopado. *Punto primero.*

De un zelo tierno, que le hizo superior á las pruebas mas rigurosas de aquella dignidad. *Punto segundo.* Imploramos, &c.

PUNTO PRIMERO.

El sostener la unidad de la Iglesia contra los que la dividen: su disciplina contra los que

que la violan; y su santidad contra los que la corrompen, son los deberes y principales obligaciones del Episcopado. Para desempeñar estos cargos, es menester un zelo firme, animoso é infatigable, un zelo cuya actividad se preste á todo, cuya vigilancia todo lo remedie, y cuya sabiduría de todo triunfe. En una palabra: es menester un *Cárlos Borromeo*.

Movido este de Dios en los tiempos antiguos para defender la gloria y sostener los intereses de la Religion, correspondió fielmente á su vocacion. De empeñó y honró su ministerio. Vencedor de la heregía, restaurador de la clerecía y reformador del claustro, son tres qualidades que fixan la idea de mi discurso: ella descubrirá todos los caractéres de un zelo firme que hace á *Cárlos* superior á las mas penosas fatigas del Episcopado.

Yo, señores, no puedo pintaros el zelo con que combatía este Santo á la heregía, sin recordaros aquellos tiempos en que elevándole Roma al grado de gloria mas alto, creía ver ya en él el mas firme apoyo de la Iglesia: parecia que su autoridad no se habia adelantado sino para avanzar tambien en los trabajos de su apostolado.

Esto no consistió en uno de aquellos precipitados arranques de la ambicion, á quienes aprueba el mundo y la Religion condena: no es tampoco una rápida fortuna, obra del favor y no del mérito. La política no tuvo parte alguna en su elevacion. Si advierten en él los hombres sus talentos, yo admiro el

sabio discernimiento que determinó la elección de su bienhechor. La sangre de los Borromeos, y la qualidad de sobrino de Inocencio Quarto, pudieran muy bien haber inclinado á este á su favor.

Pero nada menos que eso: en él solo recompensó lo que hubiera premiado en otro qualquiera. Una tierna piedad, una prudencia reconocida, unos talentos experimentados, un espíritu arreglado, y exácto, una caridad cuyos primeros ensayos fueron milagrosos, un pudor victorioso en medio de la luxuria, y toda la Universidad de París fueron los títulos que movieron y justificaron el nombramiento del soberano Pontífice. La Iglesia los vaticinaba favorablemente. No tardará *Cárlos* en hacer ver, que si la Iglesia le colma de honores ántes de tiempo, tambien es capaz de desempeñarles y merecerles ántes de esperarles.

Ya me parece que le estoy viendo brillar sobre el crítico teatro en donde está la virtud otro tanto mas expuesta en quanto es menos conocida: donde á pesar de la autoridad, atenta siempre para destruir el vicio, se enmascara éste y se sostiene: donde á pesar de la sabiduría que destruye los proyectos de la ambicion, estudia ésta el modo de salirse con sus artificios y sabe á costa suya conseguir sus esperanzas; y, en fin, donde á pesar de que continuamente se procura descubrir la hipocresía, se cubre ésta con el especioso pretexto de servir á la Religion.

Veía nuestro Santo el peligro y le sabia
evi-

evitar. Rehusaba los honores que buscan los demas. Mas respetado por la brillantez de su virtud que por la de la púrpura, le repartia el peso de la Tiara, y no acertaba á valerse de la autoridad. Admiraba Roma su profunda capacidad en el manejo de los asuntos. Y el mundo entero aplaudió muy en breve los prodigios de su zelo. Debía edificar á la Iglesia antes que defenderla.

Jamas hubo siglo tan fatal para esta como el décimo sexto. Con las apariencias de una pretendida reforma, llevaron por todas partes dos monstruos, vomitados por el infierno, el espíritu de sedición y de rebeldía. El uno que era audaz y temerario, no seguia mas que el impetuoso zelo de su natural, y lo llevaba todo tras sí por la vehemencia de sus discursos. El otro, que sin ser menos ambicioso era mas reservado, y estaba siempre sumergido en la amargura de una fatal melancolia, seducía á los pueblos con la falsa apariencia de una regularidad severamente afectada. Sostenedos ambos por los potentados que se interesaban en la turbacion y reposo de la Iglesia, se atrevieron á amenazar la Religion con su entera ruina.

En vano promulgó Roma sus excomuniones, porque parecia que el error retoñaba de entre sus cenizas. Estando ya al pie de los Alpes con un aspecto temible, se prometia infestar al Vaticano con el veneno con que habia corrompido á Francia y Alemania. ¡Qué proyecto tan quimérico! La Italia es para el error una muralia inexpugnable. Los decretos

de Roma no pudieron detener sus rápidos progresos. Mas el oráculo de un concilio general le va á precipitar al centro de las tinieblas de donde ha salido.

¡Oh altos juicios de la divina Providencia! ¿Por qué fatal retraso hace titubear esa suspendida resolución entre el error y la verdad? Trento veía que despues de diez y ocho años que habia sido el teatro de un Concilio, interrumpido muchas veces y jamas concluso, que tan pronto se detenian sus Padres por los intereses de los potentados, como eran interrumpidos por las intrigas de los hereges, se vieron siempre obligados á pensar sin juzgar, y á tratar sin resolver.

Gemia la Iglesia, esperaba el mundo y se multiplicaba la heregia. ¿Quién será, pues, el libertador de Israel? ¿Quién el hombre de prudencia tan consumada, de tan extenso poder y de zelo tan firme, que baste para conciliar los espíritus, vencer los obstáculos, emprender, seguir y acabar una obra en la que se agotaron los mayores ingenios del mundo?

Reconoced, oyentes míos, reconoced en *Cárlos* ese hombre tan preciso y digno de estimacion. Sí, señores, allí es donde empezó á descubrirse aquel zelo siempre firme y severo, que acarrió á nuestro Santo tantos sucesos: aquel zelo que hizo estremecer á la profana novedad hasta en sus mismos atrinchamientos. Lo primero en que empezó á usar de su autoridad fué en favor de la Religion. Como solo se la debia á la Iglesia, no queria valerse de ella sino en su beneficio. Una de-
ter-

terminacion como esta exigía trabajos y fatigas; pero habia formado ya su corazon tan generosos sentimientos, que nunca igualarian aquellas á la constancia de su valor. Quantos mas obstáculos se le presentaban, mas bien empleaba su crédito para vencerles.

Desde luego empezó su zelo con oraciones, súplicas, vigiliias y ayunos, haciendo que el cielo y la tierra se interesasen en el suceso de su empresa. Empezó á trabajar de este modo, pero fueron en vano todos sus esfuerzos. No tardó mucho en mandar, porque como Arzobispo, Cardenal y Nuncio del Papa procuraba mantener su distinguido lugar. Empleaba por los intereses de la Iglesia la autoridad que sabia menospreciar por los suyos propios. Todo se sujetaba á su poder, y él solo arreglaba un Mundo entero. Concluyóse el exámen de aquellos puntos tan difíciles: llegó el caso de sentenciar sobre ellos: reuniéronse unánimemente los votos: concluyóse el Concilio: quedó el cielo satisfecho: triunfante la Religion; y proscripta y fugitiva la heregia, dió á entender con su ódio que reconocia á *Cárlos* por su vencedor.

Ya me parece, oyentes míos, que sin haber referido todavía mas que las primicias del zelo que empleaba nuestro Santo contra los enemigos de la Religion, le admirais y contemplais como el apoyo de la Iglesia. Pero, ¡quán distante se halla su corazon de concebir una idea tan favorable! Jamás hizo caso de los importantes servicios que consiguió á la Iglesia, ni de los que nuevamente la podia

todavía acarrear. Aunque es cierto que la herejía se hallaba debilitada; no estaba extinguida. Sin embargo la hizo *Cárlos* conocer lo que debía temer de la intrepidez de su zelo. Si es necesario todavía descargar sobre ella nuevos golpes, él la sabrá perseguir, confundir y anonadar. Pero ¿qué es lo que digo? Buscará solamente el medio de volver al rebaño las ovejas extraviadas, é irá á encontrarlas hasta las extremidades de su Diócesis. Persuadirá á los unos con su eloquencia y ganará á los otros con su dulzura: por todas partes quebrantará la cabeza de aquel monstruo fatal, y hará que se siga la union á la revolucion, la calma á la tempestad y la paz á la guerra.

Mas, ¿por qué me he de detener yo en estos primeros sucesos? Ya me llama la consideracion á una nueva encadenacion de trabajos, y se abre su zelo otra carrera muy diversa, y á que su inclinacion le llevaba mucho tiempo hacia. Bien hubiera querido separarse del tumulto de la corte, pero le detenía en ella su obligacion. Rompiéronse, por fin, estos respetables vínculos, y, como dueño de sí mismo, hizo que sirviese su libertad á su zelo. Su exáctitud no aguantaba dilacion alguna; y el Apóstol de la Iglesia universal consagró su apostolado á la de Milan. El vencedor de la herejía llegó á ser el restaurador de la disciplina. Ya no podia Roma detenerle, porque estaba en Milan su corazon, y se creía mas necesario á su pueblo que á la Iglesia. Esta tenia sin él sus apóstoles, y si

no iba se hallaba su pueblo sin pastor. Aunque era el campo ménos dilatado podia muy bien estar lleno de abrojos. No hagamos aquí mencion de lo que á *Cárlos* no se le puso por delante en lo que iba á buscar. ¿Qué contraste se ofreceria á nuestra vista? ¿Diré yo acaso que era él de su persona misma? El propio no se habia formado mas que una idea débil de los inmensos trabajos que le esperaban. El espectáculo que advertia su consideracion le admiraba. ¿A quién no habia de admirar?

¿Qué ciudad habrá en donde la licencia de las armas y la ausencia de los pastores no autorice todos los desórdenes; el olvido de la Religion no motive la depravacion de las costumbres, y la libertad de satisfacer las pasiones no alimente el fuego que las irrita? ¿Qué ciudad donde la voluntad de los particulares no forme la disciplina general de las costumbres: donde se obedezcan las órdenes de qualquiera, sino hay ninguno que mande; y en donde se observe la ley, si esta consiste en que ninguno la guarde? ¿Qué ciudad en donde no se vea sepultada la clerecía en una detestable ociosidad, devorada por el fuego de la ambicion y sumergida en las tinieblas de una presuntuosa ignorancia; donde no se piense en hacer que valgan los abusos de los ministros por los derechos del ministerio, y en donde no se sacrifique impunemente la obligacion al placer y la Religion al interés? Sí señores: todo quanto yo pudiera decir en general de las ciudades del Mundo, no

sería suficiente para pintaros el retrato de Milan. Yo he trazado la desenfadada imagen de una nueva Nínive: si el entendimiento ha concebido la idea, no es menester que la exprese la lengua.

¿Se ensoberbecerá *Cárlos* á vista de tal desorden? No por cierto; porque si su corazón es tierno, su valor se inflama y se anima á vista de él: gime sin abatirse: teme sin desesperar; y reconociendo la iniquidad la emprende, combate y destruye. *Persecutus est iniquos, perscrutans eos* (1).

Ya le hubiera querido el ardor de su zelo transportar á todas las partes de su Diócesis, y arrancar de todos los corazones los pensamientos viciosos, introduciendo en ellos el amor á la virtud. Pero sabia que el torrente que arrastra á los pueblos al precipicio es el exemplo de los pastores. Atacaba al mal desde su principio, y encargaba la difícil aunque necesaria reforma de su clerecía. *Persecutus est iniquos, perscrutans eos*.

Si para restablecer la disciplina hubiera sido solo suficiente el proponer un perfecto modelo, no hubiera tenido que hacer otra cosa que manifestarse al público. Como exácto observador de las leyes que queria prescribir, ofrecia en su conducta señales de la mas eminente santidad. Ya se le habia visto renunciar por inclinacion al luxo, en el que habia tocado forzadamente. Ya tambien sacrificar las riquezas al desinterés, y la gloria á la hu-

(1) I. Machab. c. 3. 5.

mildad, estando desterrado el fausto de su palacio y la vanidad de su corazón. Como prodigio de su mortificacion se le habia visto observar la vida de un solitario penitente en medio de los trabajos del apostolado. ¿Pero que puede el exemplo quando el vicio ha echado tan profundas raíces en los corazones? En este caso, es menester valerse de alguna otra cosa mas eficaz y persuasiva. Atrincherada la iniquidad en el santuario, no es extraño que siempre se defendiese desde él: ¿qué intrepidez de zelo no se necesita para arrancarla? Si señores: en este zelo intrépido es en el que encontró *Cárlos* poderosas armas para derrotar completamente á la iniquidad. ¡O qué maravillas se me representan en este solo hombre! Me parece que en él veo reunidos los esfuerzos y la virtud de muchos.

En la cátedra de la verdad era un Ambrosio. Presentarse en ella, hablar y convencer, era para él una misma cosa. Tan pronto bosquejaba una viva pintura, como admiraba y heria con la fuerza de su eloquencia; pero la santidad de sus exemplos sostenian la vehemencia de sus discursos: este es el encanto vencedor que arrastra al camino de la penitencia á los que se juzgaban exéntos de practicarla porque la predicaban á los demas. Tan pronto hacia ver la grandeza y excelencia del sacerdocio, porque solo realzaba su brillantéz por recordar mas bien los debéres que exigía. El fin que se proponia en explicar á los ministros de Jesu-Christo lo que eran, no tenia otro objeto que el de enseñarles lo que debian de ser.

¿Qué es lo que advertimos, pues, quando desde la cátedra de la verdad pasó á ser cabeza de los concilios provinciales y de los sínodos diocesanos? Sucesos aun mas brillantes. Nada ménos que seis concilios provinciales y doce sínodos diocesanos se celebraron en su tiempo: ¿dónde se habrá visto jamas diócesis que cuente tantos? ¿Y los ha visto la Iglesia mas útiles? Si yo pudiera trasladar vuestro espíritu en medio de aquellas augustas asambleas, veríais á *Cárlos* en ellas como oráculo y alma de tan venerable cuerpo. Allí admiraba con la extension de su ciencia, encantaba con su justo discernimiento, y triunfaba con la firmeza de su zelo. Ningun abuso se escapaba de su censura, ni ningun reglamento de su vigilancia. Era hábil para descubrir los privilegios sabiamente autorizados, y atento para cortar los usos fraudulentamente introducidos. En los estatutos que hizo componer, dexó una idea cabal de la disciplina Eclesiástica, y en sí mismo ofreció un perfecto modelo.

¿Acaso es ménos admirable en las conferencias particulares que al frente de los concilios? Hablad, ministros del señor, hablad y dad ahora un testimonio de su zelo para que todo el mundo sepa, que siendo siempre rebeldes á la gracia, prometísteis seguirla contra vuestra fatal ceguedad: decidnos, pues, el medio tan maravilloso é invencible de que se valió para sacaros de ella; y hacednos ver, en fin, como en el secreto de una conversacion familiar supo moveros, convenceros y conver-

ti-

tiros. ¡Quán convincente es su language! ¡Quán insinuativa y firme su caridad! El sabia intimidar siendo afable, y como hombre que poseía, digámoslo así, todos los talentos, les empleaba para ganar ácia sí todos los corazones.

Pero no siendo bastante para traer á la santidad de su estado á los hombres que estaban ligados al ministerio, era menester disponer para este á los que aun no estaban unidos á él. ¿Por cuántos diversos prodigios resplandeció en esta obra el zelo de *Cárlos*? Milan vió con asombro levantarse á un mismo tiempo tres establecimientos dirigidos, por decirlo así, por las manos de la Religion. ¡Asilos respetables, en los que puesta siempre en movimiento la virtud se forma, se sostiene y se perfecciona; y en donde tanteados siempre los talentos se ejercitan por emulacion y triunfan sin envidia! ¡Qué espectáculo para la Iglesia ver levantarse así á la sombra del santuario á una piadosa juventud, que desde los principios es la esperanza, y despues el ornamento del sacerdocio! De este modo prepara el tiempo á la Religion, mediante el zelo de *Cárlos*, pastores capaces de sostenerla con su doctrina, de defenderla con sus trabajos y de ilustrarla con sus virtudes. Aun el dia de hoy forman estos multiplicados establecimientos la admiracion del mundo, reproduciéndose en ellos el espíritu de nuestro Santo, y perpetuándose su zelo.

Yo estaba discurrendo el modo de manifestaros que jamas habia decaído su espíritu, quan-

quan-

quando veo detenida mi reflexion con las nuevas maravillas que la asaltan. Olvidándoseme lo pasado, y poniéndoseme delante lo presente, no puedo ménos de ver á *Cárlos* en medio de los trabajos mas penosos. Advierto que con pasos agigantados camina de combate en combate; y que en la rapidez de su carrera, se avanza á los mayores peligros, rompe los diques y se abre camino por entre los mismos obstáculos que le debian detener. Mas rápidas sus conquistas que mi imaginacion, apenas me dexan el gusto de seguirle. Lo mismo fué presentarse en los templos que verse decorados sus altares con mas magnificencia, celebrarse los divinos oficios con mas decencia y aplicarse con mas constancia los pastores. Y así que se dexó ver de su clerecía, se advirtió una reforma universal, y que se emprendia por zelo lo que antes se hacia por interés, escusándose de hacer por Religion lo que se habia executado por costumbre. Lo propio fué oírle en Milan, que cesar los escándalos, cerrarse los teatros y mudarse en religiosas prácticas de devocion aquellas ridículas diversiones que precedian al tiempo destinado á la penitencia. Si señores: al presentarse desaparecia la iniquidad, y no quedaba del vicio otra cosa que el sentimiento de haberse entregado á él, y la resolucion de no volver jamas á abrazarle. Hablaba, y la fuerza ó dulzura de sus palabras, sujetaban igualmente el orgullo de los grandes y la preocupacion del pueblo. En una palabra, por los sabios reglamentos que estableció en la clerecía, hizo tomar

mar

mar á Milan un nuevo semblante. La reforma de los pastores produce la conversion del pueblo, y así, valiéndose de la prudencia y firmeza de su zelo, manifestaba nuestro Santo el vicio, y descubria hasta sus mas profundas raices. Por todas partes se levantaba la disciplina de la Iglesia con los despojos de las costumbres que la destruían. *Persecutus est iniquos, perscrutans eos.*

Aun quedaba una obra mas delicada qual era la reforma de los Religiosos. No hay duda alguna, que en el silencio del retiro y en lo interior del claustro deberia brillar mas particularmente la piedad, como que está distante del bullicio del mundo y mas íntimamente unida con Dios, debiendo gozar por lo mismo con los fervores de la contemplacion de un cielo anticipado, y dexar el hombre de serlo en aquellos sagrados lugares. Pero es tal la inestabilidad de las cosas humanas, que no subsisten algun tiempo sino para venir mas breve á su decadencia, degenerando insensiblemente el primitivo fervor, sucediéndose la relaxacion á la exáctitud y experimentando el sol sus eclipses y la virtud sus sombras. ¡Ah! ¡y qué espesas están las nubes en donde se halla sepultada la piedad del claustro.

Los religiosos abrazaban una regla que no seguian. Hábiles para dar á los votos una interpretacion favorable á sus intentos, dexaban á sus sucesores el cuidado de desempeñar los debéres. La lúgubre apariencia de la pobreza se habia destruido con una opulencia brillante. Siendo muy poderosos los superiores para

man-